

A ORILLAS DEL CANTÁBRICO

VIÑETAS DE LA CONCHA

Entre los diversos periódicos de la Corte, que con motivo de la temporada estival han dedicado a nuestra ciudad artículos, crónicas y comentarios, merece señalarse El Liberal donde, con el título que precede y los subtítulos que siguen, se ha publicado el escrito que reproducimos a continuación:

La Avenida de la Reina María Cristina.—Sorolla pinta.—La Zurriola y los pescadores de caña.—El pintor Sorolla.

EL nuevo paseo con cuya construcción ha sorprendido San Sebastián este año a los veraneantes, es una obra de paciencia y de dinero. Ella nos da idea del deseo de la ciudad privilegiada de aumentar sus bellezas, como la mujer hermosa pasa largo rato ante el espejo ateodiendo al cuidado de su persona.

Su oficio es agradar, y San Sebastián es una linda dama que, como dispone de galán rico y de gusto grande, procura aumentar sus encantos con nuevos atavíos que realcen su gentileza.

La Avenida de la Reina Cristina, que vimos ayer desde el monte Urgull, se ha convertido en los pocos días que data su inauguración, en concurrido paseo de autos, vehículos y caminantes que desde el alto barandal y sus troneras escrutan el horizonte, que se empenacha con el humo de las caravanas de vapores de las naciones aliadas, a los cuales dan escolta otros barcos de continente guerrero. También desde allí se otea a los veleros en regata y además el sitio ha sido protegido por los pescadores de caña, que en número considerable se sitúan sobre la muralla y pasan las horas con la vista fija en el corcho de sus

útiles de pesca, dispuestos con la carnaza que ha de atraer a los peces incautos o hambrientos, que más víctimas hace el hambre y la desesperación que la simplicidad....

El pescador de caña donostiarra no es el hombre viejo y calmoso que permanece sin fruto mañanas y tardes en un mismo paraje sin dar muestras de cansancio ni de desaliento, ni siquiera de ira cuando algún «mala sangre» les pregunta luego de ver el zurrón vacío: «¿Pican, pican?» El pescador de caña donostiarra es hombre joven vestido a la usanza de los marinos vascos, con listadas camisetas. Y joven y robusto ha de ser forzosamente para resistir el suplicio de unas cañas de seis u ocho metros de longitud y que tienen más grosor que algunas robustas muñecas. Son diestros de su arte, que arte, y de difícil aprendizaje, es el de pescar con caña, y saben, como los toreros, aplicar sus conocimientos con el mayor número de ventajas; es decir, «a favor de querencia».

Aquí existen unos peces grandes—no aludo a los políticos veraneantes—, con peso que oscila entre los quinientos gramos y el kilo y medio, que los pescadores denominan «corcones», los cuales han puesto de moda el nuevo paseo, pues a sus rocas acuden en número suficiente para que sus crónicas tristes registren a diario la desaparición de setenta u ochenta, que se distribuyen entre varias banastas, cuyas abiertas bocas parecen no saciarse nunca.

*
* * *

Para los pescadores, las emociones deben de ser de perdurable recuerdo; para los analfabetos en la materia, una parada en seco de cinco minutos ante uno de estos formidables artistas de la caña es manantial de bostezos.

Sin embargo, un momento hay que desaparece el tedio y se alarga la cabeza, y se contiene la respiración y los ojos muy abiertos aspiran a sondear el fondo que oculta la eterna ebullición de las aguas, que se cubren de espuma, y es cuando se pone tirante el hilo y a seguida rígido, y el brazo del pescador sufre bruscas sacudidas, que corresponden a los tirones desesperados del «galán», que ignoraba el sabio adagio «Por la boa muere el pez».

El espectáculo, la lucha, el duelo entre el pez gordo y el hábil marinerero se prolonga aún más de un minuto.

Muchas veces el pez logra soltarse y huye, calculo yo que con las escamas de punta por el riesgo corrido y burlado; pero las más de las

ocasiones la contienda acaba con las fuerzas del pez, que, sometido y agonizante, se entrega al fin, y aparece sobre la superficie de las aguas meneando aún la cola en señal de protesta, o en convulsión de' agonía y con los ojos muy abiertos, como queriendo decir:

«Implorar cielos, pretendo...»

Ello es que el aparejo entonces describe una curva y el pez cae dentro de tierra, y unas manos oprimen su cuerpo y le arrancan el anzuelo sin miramiento, y si su peso no llega a los 500 gramos es arrojado despectivamente al fondo de la banasta, en donde otros moribundos de su raza se agitan en convulsiones epilépticas, con el adusto ceño del que se encuentra fuera de su elemento.

*
* *

El pequeño puerto de San Sebastián, la ciudad vieja y el barrio de pescadores son materia adecuada para bellos cuadros de costumbres.

Que el juicio no es aventurado ni la presunción falta de fundamento lo demuestra el ilustre Sorolla, que vive en la Avenida y desde el balcón de un entresuelo entretiene sus horas pintando el monte Ulía, estudiando el color en las aguas del Cantábrico. Ahora, que no hay atajo sin trabajo, ni placer estético sin riesgo. De ello mejor que yo puede hablar el ilustre valenciano, mago del color, que no hace mucho tuvo que abandonar de prisa el lugar en que pintaba, porque los hombres de rostros curtidos y manos encallecidas dieron al traste con lienzo y pinceles, caballete y cajas de color, cuando el maestro premiado en cien concursos trasladaba a la tela la peregrina belleza de una joven nacida junto a las rocas, típica representación de la mujer vasca, estatua morena y viviente, a la que rinden sus convecinos la veneración que todos los pueblos guardaron a la belleza.

*
* *

Acaso sea este el más famoso trance en que se vió Sorolla, y de ello quiero tomar pretexto para preguntar al gran «ché», cualquier tarde de estas que se halle entregado a su afición favorita, interrumpiéndole en su labor gloriosa : Maestro, ¿cómo se pinta un cuadro?

El tema puede ser interesante si le encuentro en «su cuarto de hora». De lo contrario, acaso me conteste, encogiéndose de hombros: Pintándolo.....

J. LARIOS DE MEDRANO